

El Silencio Prohibido

Un relato de Silas Kane

Página 2: Capítulo 1

Capítulo 1: El Acorde Perpetuo

En la ciudad de Vértice, el sonido era ley. Desde el amanecer hasta el ocaso, los "Carillones Armónicos" emitían una melodía constante y suave, una sinfonía diseñada científicamente para modular las emociones de los ciudadanos. La ira se disolvía en una nota baja y vibrante, la tristeza se elevaba con un arpegio ligero, y la euforia se contenía con un acorde sereno. No había estridencias, ni caos, ni pasión. Solo había paz.

El trabajo de Elian era mantener esa paz. Como "Afinador" de la Red Armónica, pasaba sus días viajando por los pasajes de la ciudad, reparando cualquier Carillón que emitiera una nota discordante. Una nota equivocada podía causar ansiedad. Un ritmo incorrecto podía generar confusión. Elian era un cirujano del sonido.

Una tarde, su comunicador emitió una alerta inusual. No era una simple nota desafinada, sino una "ausencia sónica" en el Sector 9, el distrito más antiguo y abandonado de la ciudad. Nadie iba allí.

Página 3: Capítulo 1 (continuación)

El Sector 9 era un esqueleto de la ciudad que fue. Los edificios estaban cubiertos de un polvo metálico y los Carillones que colgaban en las esquinas eran modelos arcaicos, de latón y cristal, muy diferentes a los elegantes dispositivos de cromo que Elian solía reparar.

Encontró el Carillón defectuoso en una pequeña plaza olvidada. Colgaba de un poste oxidado, inmóvil. Mientras los demás Carillones del sector zumbaban débilmente con la melodía de la ciudad, este guardaba un silencio absoluto.

Elian abrió su kit de herramientas. Su trabajo era simple: diagnosticar la falla, reemplazar el núcleo sónico y restaurar la armonía. Pero cuando se acercó, sintió algo que no había experimentado en toda su vida. Una quietud. Un vacío que era a la vez inquietante y extrañamente atrayente.

Página 4: Capítulo 2

Capítulo 2: El Sonido del Vacío

Abrió el panel del viejo Carillón. Dentro, la maquinaria era diferente. En el centro, en lugar del brillante cristal generador de ondas, había una piedra negra y opaca que parecía absorber la luz. No estaba rota ni quemada. Simplemente... estaba inerte.

Elian acercó su analizador de espectro. El dispositivo, que normalmente mostraba un torbellino de frecuencias, se quedó en blanco. Cero decibelios. Cero vibraciones. Era un silencio perfecto, un concepto teórico que los instructores describían como una "falla catastrófica".

El protocolo era claro: debía incinerar el núcleo en el acto y reportarlo como un riesgo biológico-sónico de nivel máximo. El silencio permitía que la mente divagara sin control, dando lugar a emociones primarias y peligrosas.

Página 5: Capítulo 2 (continuación)

Pero Elian no se movió. De pie, en esa pequeña burbuja de silencio absoluto, algo comenzó a surgir dentro de él. Un recuerdo. La cara de su hermano pequeño, antes de que fuera "recalibrado" por una Fiebre Emocional. La sensación de su mano en la suya.

Una punzada de dolor, pura y sin filtrar, le atravesó el pecho. Era una agonía, pero era *suya*. No era una emoción modulada por una melodía externa. Era real. Por primera vez en décadas, Elian sintió la tristeza en su forma más pura. Y en lugar de miedo, sintió una profunda y extraña sensación de alivio.

Página 6: Capítulo 3

Capítulo 3: El Primer Secreto

Miró la piedra negra. No estaba rota. Funcionaba a la perfección. No generaba sonido; lo anulaba. Era un arma contra el sistema en el que vivía.

Ignorando años de entrenamiento y el miedo grabado en su subconsciente, Elian tomó una decisión. Con manos temblorosas, extrajo con cuidado el núcleo de silencio y lo envolvió en un paño aislante de su kit. Tomó un núcleo de repuesto estándar, uno que emitía el suave y monótono zumbido de siempre, y lo instaló en el viejo Carillón.

La armonía volvió a la plaza. La punzada de tristeza en su pecho se disipó, reemplazada por la familiar y vacía serenidad. Pero ahora, la sentía como una jaula.

Página 7: Capítulo 3 (continuación)

Esa noche, en su pequeño apartamento, Elian desenvolvió la piedra negra. En cuanto quedó expuesta, el zumbido constante de la Red Armónica que se filtraba por sus paredes desapareció. Su habitación se sumió en un silencio profundo y sagrado.

Se sentó en el suelo, sosteniendo la piedra en sus manos. El recuerdo de su hermano volvió, y esta vez, Elian lloró. Lloró con lágrimas silenciosas, no por el dolor que sentía, sino por la belleza de poder sentirlo de verdad.

Sabía que lo que sostenía en sus manos era el objeto más peligroso de Vértice. Era una semilla de rebelión. No una rebelión de bombas y gritos, sino una mucho más profunda. Una rebelión de silencio. Y él, el Afinador, se había convertido en su primer y único guardián.